

Con indecible placer asistia el duque Alfonso á estas representaciones, para las cuales hizo construir en su propio palacio, bajo la direccion y en vista de los planos del mismo Ariosto, un teatro elegante que daba á la plaza del Arzobispado en frente de este monumento.

En aquel local presidia Ariosto á los ensayos de sus comedias, que fueron sucesivamente representadas y que merecieron públicos testimonios de aplauso y de satisfaccion; mas el incendio de este teatro (1), sobrevenido en la noche del 30 de diciembre de 1552 y atribuido á una mezquina y mal intencionada rivalidad, hizo tal impresion en el ánimo ya enfermo de Ariosto, que, segun dice Barufaldi, no volvió á alzar cabeza desde aquel dia.

Este acontecimiento pudo y debió sin duda contribuir á agravar las dolencias y los achaques de Ariosto; pero la verdadera causa de su muerte fué, como arriba va dicho, el exceso del trabajo á que durante treinta años consecutivos le condenó su deseo de llevar á cabo una obra colosal é inimitable, de que, no sin gran desconfianza, ofrezco al público esta, ya que no elegante, al ménos fiel traduccion.

(1) El 30 de diciembre de 1552, á las nueve de la noche, se pegó fuego á una tienda situada al pié del palacio ducal, y extendiéndose de aquella tienda á otras contiguas hasta la puerta del palacio, invadió el teatro y algunas habitaciones, que destruyó completamente. Este incendio, que duró tres dias y tres noches, se atribuyó, sin que haya sin embargo nada que lo justifique, á la mala voluntad que á Ariosto tenian algunos conciudadanos suyos, envidiosos de su talento y de su celebridad.

PRÓLOGO.

LA lectura de los primeros cantos de una traduccion castellana del célebre poema de Ariosto, hecha por su contemporáneo el capitán D. Jerónimo de Urrea, me excitó, hace algunos años, á ir á buscar en el original aclaraciones indispensables para la inteligencia de un gran número de pasajes, vertidos por el traductor en octavas de que no es mi ánimo discutir el mérito, pero que dudo que entiendan suficientemente, para hallar gusto en ellas y para juzgar al autor, la mayor parte de las personas que las lean.

A fuerza de ir á beber á la fuente, acabé por confirmarme en que la traduccion de que hablo, ménos inteligible para mí que el mismo texto, estaba á cien leguas del original, y, decidido á llevar á cabo su lectura, emprendí seriamente el estudio de la lengua toscana, y á poco el de la obra incomparable, cuyas bellezas no tardaron en cautivar, en arrastrar inven-

ciblemente mi imaginacion de diez y nueve años. Con asombro y dolor ví, pues, que no existia en nuestra lengua otra traduccion de esta obra que la de Urrea; y mas de una vez creí que el anatema puesto por el autor del ingenioso hidalgo en boca del cura de su lugar, habia sin duda retraido hasta entónces de esta empresa á los escritores españoles. Esto creí mas de una vez; pero, bien mirada la cosa, vine luego en cuenta de que otros, mas poderosos que ese, debieron ser los motivos que hasta hoy han privado á nuestra lengua de un poema de que en casi todas las de Europa abundan las traducciones. De estos motivos son seguramente los principales la extension de la obra original y las dificultades que presenta, ya sea la inteligencia de su texto, ya su version en castellano. Estos inconvenientes aparecen mucho mayores todavía al que piensa, como lo pretenden muchos, y como lo creyó Urrea, que la traduccion de un poema de este género debe necesariamente hacerse en octavas, para conservar el carácter del original.

Por lo que á mí toca, ni apoyo ni combato esta opinion, bien que la mia sea que se necesita toda la gallardía, toda la originalidad del ingenio y toda la lozanía de estilo de Ariosto para hacer soportable la lectura seguida de cinco mil octavas. A pesar de ser esta mi opinion, quizá, por conformarme á la de otros,

me habria yo decidido á adoptar para todo el poema el metro empleado en el original y que yo mismo he empleado en varios trozos de la traduccion, á no haberme parecido esta empresa muy superior á mis fuerzas y sobre todo á mi perseverancia.

Yo creo por otra parte (y espero que esto me sirva cuando ménos de excusa) que la obra de que ofrezco hoy al público una traduccion fiel, por no decir literal, exige por su misma naturaleza un metro mas fácil y ménos uniforme que la octava, que se adecua al género puramente heroico mucho mejor que al indefinible del sublime poema de Ariosto.

Muchas personas, y entre ellas algunas que han honrado ya á nuestra literatura con publicaciones importantes, me han aconsejado hacer uso de diferentes metros, adoptándolos al tono tan frecuentemente variado por el Autor; pero no he creído deber seguir este sistema, que, á mas de ofrecer muchas dificultades, presentaria quizá hasta el inconveniente de llegar á ser fastidioso por efecto de la misma frecuencia con que acostumbra Ariosto á variar de tono y de asunto, circunstancia que constituye uno de los mayores atractivos de esta inimitable epopeya. El metro adoptado en esta traduccion reune en mi concepto todas las ventajas que en favor de la diversidad de metros pudieran alegarse. ¿Qué es en efecto la silva mas que una

serie de estrofas de diferente número de versos de once ó de siete sílabas, mezclados entre sí como por casualidad, consonantados como por capricho, y no sujetos, en fin, á las trabas que tan á menudo obligan á violentar la exactitud del pensamiento ó la claridad de la enunciaci3n?

La silva es, pues, indudablemente el metro que mas conviene á esta clase de composiciones; pues la bien entendida combinaci3n de versos endecasílabos y septisílabos permite dar al estilo toda la flexibilidad necesaria para descender, sin transici3n desagradable, desde las mas altas regiones de lo sublime hasta las mas insustanciales vulgaridades de la vida comun, desde la pompa de la poesía lírica hasta la llaneza de la prosa.

La regla principal de la silva es, digámoslo así, la irregularidad en cuanto á la colocaci3n de la rima, la contextura de los versos y la combinaci3n de las estancias. Esta irregularidad destruye la monotonía, y se hermana perfecta y agradablemente con la forma heterogénea y las insólitas dimensiones del *Orlando*.

He dicho y repito aquí que, á pesar del sistema adoptado, conservo en algunos pasajes la octava del original. Tales son el sueño de Orlando en el Canto IX; la narraci3n de los amores de Ricardeto y Flordespina en el XXVI; la historia de la roca de Tristan en el XXXII, y otros de ménos importancia. En el canto XXIII

he intercalado algunas quintillas, en que exhala Orlando su sentimiento y su furor; en el canto XXVIII, en fin, he traducido en décimas la aventura de Jocundo, que no es otra cosa que una fábula ó un cuento, que puede y debe mirarse como independiente del poema.

No me extenderé, pues, mas en este asunto, sobre todo despues de haber confesado que acaso habria acometido las cinco mil octavas á no estorbármelo el miedo de quedarme en el camino, ó de tener que hacer un esfuerzo sobrenatural para llegar al término de la jornada.

Otro mas audaz que yo emprenderá quizá este trabajo; entretanto yo me limito á ofrecer al público esta traducci3n, que espero no le desagrade por estar en silva. ¡ Pluguiese á Dios que fuera este el único de sus defectos!

De su elegancia y de su exactitud el público juzgará. Tal cual es, yo se la ofrezco gustoso, y digo como Ariosto al cardenal Hipólito en la tercera octava del primer canto:

El don, por ser pequeño, no os ofenda:
Cuanto puedo dar doy; tal es mi ofrenda.